

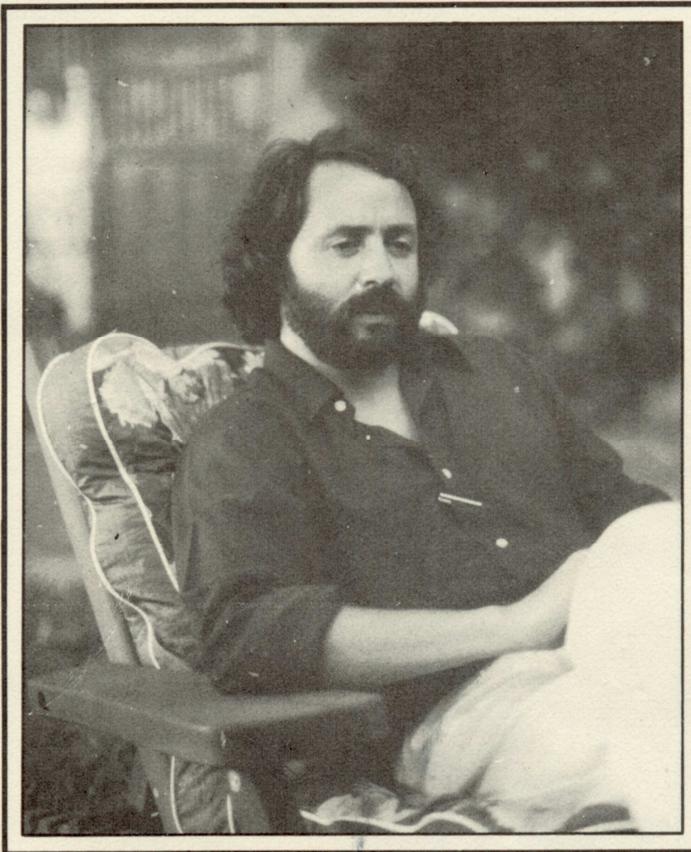
LA CEREMONIA DE LAS APARIENCIAS

EL BAUTISMO, de Juan Almendro. Montesinos, Barcelona 1983. 268 págs. 900 ptas.

Desde que Julio Cortázar publicó **Rayuela** —junio de 1963—, una especie nueva brotó y debió ser clasificada (aunque no lo fue) en el bestiario de las letras hispánicas: el antinovelistista. Jocundo, revolucionario, exultante, desmitificador y parricida, el antinovelistista nació sin embargo con la carga a cuestas de un obscuro pecado original: el suyo era un amor vergonzante, de los que no se atreven a decir su nombre. **Rayuela** se quedó pues en solitaria fundadora de género, en antinovela única a la que le habían crecido innumerables pseudopodios que reclamaban para sí la singularidad fundacional.

Veinte años después del imitado e inimitable revulsivo cortazariano, un chileno hasta ahora inédito se atreve a estampar el subtítulo *antinovela* a su primera producción. Por una de esas paradojas que Cortázar ama —y que no parecen ajenas al sentido del humor del propio Almendro—, el tardío homenaje llega cuando ya no es precisamente un homenaje. Porque **El bautismo** no es una antinovela, ni una contranovela, ni una postnovela; no es una vuelta de tuerca para intentar retomar el asunto allí donde lo dejó Cortázar, sino que desde el comienzo se desmarca de todo parentesco con lo novelístico: quiere caer (y en buena medida cae) más allá o más acá de los predios de la novela; en una tierra de nadie en la que Almendro se sirve de los elementos narrativos como un cirujano de su instrumental: sólo en la medida en que los utiliza para un fin específico.

La apuesta, que es desmesurada, conlleva desde luego el riesgo de quedar a la intemperie. Habrá tiempo para comprobarlo, porque Almendro promete una pentalogía de la que los próximos títulos serán **El sueño**, **Retrato de un psiquiatra**, **La sociedad de los hombres celestes** y **La curación**. Lo menos que puede decirse, sin embargo,



es que la lectura del primer elemento de esa péntada estimula a esperar a los otros que completarán la figura.

Pérfidamente, Almendro plantea una primera parte de **El bautismo** capaz de desalentar al más tolerante buscador de innovaciones formales: Gabriel, un médico psiquiatra con veleidades de escritor frustrado, asiste en calidad de padrino al bautismo del hijo de su amigo Rafael y de María Albertina, su mujer. Sigue una morosa

descripción, en clave casi naturalista, de situaciones y personajes más o menos pintorescos que configurarán la puesta en escena de la celebración del neófito. Rafael, escritor tempranamente reconocido y de gran talento, atraviesa una crisis de esterilidad a la que no es ajeno su matrimonio, una situación que su amigo envidia y que a él le resulta asfixiante.

En la segunda parte, las buenas maneras narrativas son dinamitadas sin previo aviso: la puntuación enloquece, la sintaxis se derrumba, la diagramación de las

riores, aunque no por ello deje de sorprender la buena fe del lector medio, al tiempo que levantará la moral del tolerante buscador de innovaciones: “Los sueños de la razón engendran monstruos”, y los monstruos salen a escena, literalmente, en una versión grotesca del mismo bautismo naturalista de la primera parte, que culmina en fornicación y ametrallamiento colectivos (y repentinamente, todo hay que decirlo, en uno de los espacios más líricos del libro todo).

La cuarta y última parte (no en vano titulada “Antinovela final”) cumple en definitiva la vocación anovelística del autor; insinúa los derroteros por los que pueden navegar los elementos restantes de la pentalogía. Aquí, Almendro no sólo desmascara su historia (los verdaderos nombres de los protagonistas, el orden real de los sucesos, las trampas que ha hecho durante la narración más o menos convencional a pesar de sus esfuerzos de ruptura formal), sino que cuenta las claves, los enigmas literarios, los trasfondos ideológicos que lo han llevado hasta allí, como para dejar minuciosamente arrasada su obra, desliteraturizada la propuesta literaria en la que nos hizo acompañarlo. Hace algo más aún: después de haberlo desmascarado todo, recurre a la impostura. Nos comunica que *no es* Juan Almendro, nos escamotea la identidad del maestro de ceremonias de esta lúcida confusión.

Nada podría sintetizar mejor la propuesta (y el desafío) que subyace en **El bautismo**, que esta supercheria de la anomia final: la literatura, y acaso los hombres que la componen o la degustan, no son más que apariencias. Detrás del nombre hay una máscara; detrás, un esqueleto; detrás... la durable sospecha de que no hay nada detrás. ■

ALBERTO COUSTÉ